

ORANDO CON LA PALABRA

(2º Domingo de Pascua)

“ Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:” Paz a vosotros”. Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió : ” Paz a vosotros”. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”. Tomás, uno de los Doce llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: “Hemos visto al Señor”. Pero él les contestó: ”Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo”. A los ocho días , estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo:” Paz a vosotros”. Luego dijo a Tomás: “Trae tu dedo , aquí tienes mis manos, trae tu mano y métela en mi costado y no seas incrédulo, sino creyente”. Contestó Tomás: “¡Señor mío y Dios mío”. Jesús le dijo: ”¿ Porque me has visto las creído ?. Dichosos los que crean sin haber visto”. Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre

(Jn. 20, 19-31)

En este tiempo de Pascua, la Palabra nos va mostrando distintos encuentros de Jesús resucitado con sus amigos. En este texto de Juan, Jesús se hace presente en medio de sus discípulos, que aún seguían con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y les desea la paz, les ofrece su paz. Quiere que superen los miedos, que acojan la realidad con serenidad, que experimenten la alegría de sentirlo vivo, cerca, acompañando, animando, fortaleciendo su fe vacilante.

Ha comenzado un tiempo nuevo, el de su vida resucitada. Con su paz y su aliento envía a sus discípulos para que anuncien y hagan presente su Reino, como Él mismo ha sido enviado por el Padre.

Pero Tomás , uno de los doce, pragmático e incrédulo, necesita no sólo escuchar, sino “tocar” a Jesús, para acoger el misterio y el envío. Jesús, vuelve a presentarse ante sus amigos y ofrece sus manos y su costado para que Tomás palpe su presencia y, Tomás el incrédulo, el que necesita tenerlo todo controlado, cae humildemente a sus pies, reconociéndole como Señor: “Señor mío y Dios mío”.

En el aire resuena la voz de Jesús, que se hace llamada y compromiso para nosotros: ” Dichosos los que crean sin haber visto”.

Que en los momentos de dificultad, cuando el desconcierto o la duda hagan tambalear nuestra fe, repitamos humildemente como Tomás :”Señor mío y Dios mío”. Que la presencia del Resucitado, inunde nuestra vida de paz y nos de el impulso, también cuando no sea fácil ver ni entender, para seguir en pie y en camino, fortalecidos en la fe, y abiertos a la esperanza.

ORACIÓN

Hemos celebramos gozosos tu Resurrección

y, sin embargo, aún seguimos
como tus discípulos,
experimentando desconcierto
y confusión.

Y mantenemos
algunas puertas cerradas,
quizás para defendernos
de otras voces,
de otros criterios
que puedan hacer temblar
nuestras seguridades.
Puertas que impiden
el diálogo sincero,
la posibilidad de contrastar,
de acoger la riqueza
de la diversidad.

Que la fuerza de tu Resurrección,
abra nuestras puertas
y nos libere de temores y prejuicios.
Que nuestra casa
esté abierta para que puedan entrar
con el sol y la luz,
rostros y voces diferentes.
y que encuentren en ella
acogida, comprensión y respeto,
espacio para buscar y compartir
en libertad.

A veces, Señor,
me siento como Tomás,
necesito seguridad en mis caminos,
garantía en mis proyectos,
necesito “tocar”, tu cuerpo
y tu promesa.
Hoy, Señor,
con el gesto humilde de Tomás
quiero repetirte:
“Señor mío y Dios mío”.
Y que mis palabras
sean adoración y fe,

entrega y libertad,
reconocimiento y adhesión a Ti,
como único Señor de mi vida,
en quien creo sin ver,
y quien da sentido, ilusión y fuerza
a mi vivir.

Abre, Señor Resucitado
nuestras puertas
y danos tu paz.
La paz que es tu Presencia,
hecha cercanía y serenidad.
La paz
que armoniza e integra
todo aquello que aún es ruido
e inquietud en mí.
La paz
que hace confluir a todo el universo
hacia la unidad del ser en Tí.
La paz que brota
del compromiso por la justicia
de ir haciendo un mundo
sin guerras y sin violencia,
donde nadie tenga que dejar su tierra,
ni nadie pueda impedir
caminos de libertad.
La paz
que refuerza la fe
y alienta la esperanza,
que llena de alegría
la mirada y el corazón.
La paz
que nos hace testigos
de tu vida resucitada,
en medio de un pueblo en camino,
que busca y anhela,
aún en guerras y tinieblas,
tu paz y tu salvación
Amén.

(Hna. Oyonarte)

